

EL TIEMPO Y LA PREHISTORIA: REFLEXIONES SOBRE NATURALEZA DEL HECHO EN LA ARQUEOLOGÍA ANDINA

Krzysztof Makowski

CONTENIDO

1. Arqueología: identidad encontrada.
2. Tiempo y espacio en la arqueología.
3. Modelos explicativos en la arqueología andina.
4. El mito de la cientificidad.

El tema que hemos escogido y el carácter interdisciplinario de este simposio nos obligan a adoptar en la exposición el método de sucesivas aproximaciones, a la identidad actual de la disciplina, al concepto del tiempo en arqueología, a la percepción particular de la prehistoria por la arqueología andina, para llegar finalmente al objetivo central enunciado en el título de la ponencia.

1. ARQUEOLOGÍA, IDENTIDAD ENCONTRADA

La búsqueda de la teoría y de la identidad en el plan epistemológico es de fecha relativamente reciente en arqueología, ubicándose en la segunda mitad de la década de los sesenta y en los setenta. Como ilustración de esta situación citemos las palabras de Sir Mortimer Wheeler pronunciadas en 1954: «¿Qué es en realidad arqueología? Ni yo mismo lo sé con certeza... Ni siquiera sé si la arqueología debería considerarse como un arte o una ciencia...» La exclamación de Binford «Arqueología es antropología o no es nada», la que data de 1962, refleja un estado similar de ánimo (Binford 1962). Colin Renfrew (1983) llamó el período de la historia de la disciplina comprendido entre 1900 y 1960 «el período de *largo sueño*». Causas de esta situación son diversas. Las más importantes se desprenden, desde nuestro punto de vista, del hecho que la arqueología carece de un solo origen, y muy a menudo cumplía el rol de la disciplina auxiliar, descriptiva, de

EL TIEMPO Y LA PREHISTORIA

otras ciencias humanas. Hay por lo menos cinco grupos de arqueologías cuyos orígenes y la situación académica son distintas:

1. la arqueología clásica llamada a veces a secas, arqueología, por ser la decana;
2. las arqueologías orientales con nombre propios: egiptología, sumerología, etc.;
3. las arqueologías andina, maya, mexicana;
4. la prehistoria que se desarrolla dentro de las llamadas arqueologías nacionales;
5. las etno-arqueologías: arqueología de EE.UU., africanas, etc.

Las primeras tres se abocan al estudio de las sociedades complejas y mantienen por ello una relación estrecha con la historia, con la historia del arte y con las lingüísticas (filologías), la excepción hecha para la arqueología andina, la que oscila entre la prehistoria y las etno-arqueologías (Institutos de Antropología Cultural, Arte Primitivo y Etnografía, Americanística). La prehistoria nacida del movimiento anticuario de los siglos XVII y XVIII mantiene un estatus autónomo y enfatiza sus vínculos con las ciencias naturales. Las etno-arqueologías siguen hasta hoy estrechamente relacionadas con la ciencia madre, la antropología cultural (Trigger 1989). Por estos diferentes orígenes la arqueología es quizás la única disciplina académica cuya enseñanza en la misma universidad puede ser impartida en los casos extremos hasta en tres facultades distintas. Hasta la época de postguerra el discurso entre las diferentes arqueologías era muy limitado y cada una de ellas había elaborado su propio perfil metodológico y sus propias preguntas de investigación. El estímulo de integración vino del campo de la prehistoria y de la etno-arqueología norteamericana. En los años sesenta se desarrolla en su seno una animada discusión sobre la identidad y los objetivos de la disciplina. Los rumbos y tópicos que ha adoptado la discusión han sido de los más diversos:

- el potencial heurístico del contexto arqueológico y la posibilidad de reconstruir el evento en la prehistoria francesa;
- la relación entre la cultura material, la etnicidad y la estructura social en la prehistoria centro-europea y soviética;
- y el potencial explicativo de la arqueología como ciencia social en la prehistoria inglesa y en la etno-arqueología norteamericana.

Este último aporte tuvo el impacto mayor, en parte por la agresividad de la discusión y el carácter extremo de los postulados. Lo conocemos bajo el nombre

de la New Archaeology, el nombre que ya pasó a la historia de arqueología. La discusión puso en relieve la complejidad de relaciones entre las fuentes y la realidad investigada, las que se desprenden de la naturaleza particular de estas primeras. Nos referimos al artefacto y al contexto arqueológico constituido por artefactos y por huellas de actividad humana dispuestos en un espacio organizado de manera consciente o inconsciente, a raíz de la actividad misma. Para la arqueología tradicional empírica, profundamente influenciada por el positivismo del siglo pasado, la relación entre el dato y el hecho histórico fue directa: la cultura arqueológica debidamente descrita correspondía a la identidad étnica, eventualmente lingüística e incluso racial, verbigracia la definición de Kossinna, y la cronología arqueológica reflejaba fielmente las coyunturas históricas por el intermedio de la historia de tipos y estilos. La discusión de los años sesenta y setenta puso a descubierto una verdad elemental: las taxonomías y las herramientas descriptivas de orden analítico o sintético en arqueología, verbigracia *cultura*, *horizonte*, *tradicción*, *tipo*, *motivo*, tienen el carácter instrumental, son producto de la imaginación creativa del investigador y no corresponden necesariamente a ningún hecho concreto de la realidad investigada. En consecuencia se abrieron frente a la arqueología dos alternativas y dos caminos:

1. Buscar en la filosofía de la ciencia sustento teórico a los postulados siguientes:

- a. los patrones en la cultura material y en la organización del espacio vital (patrones de asentamiento), así como las regularidades que se perciben en las secuencias de cambio de las estrategias de subsistencia reflejan a los constantes de la conducta social;
- b. las hipótesis acerca del pasado que se desprenden de la percepción de aquellos patrones pueden ser contrastadas del mismo modo como lo son las hipótesis en las ciencias exactas.

2. Desarrollar la hermenéutica de la arqueología. En la arqueología, igual que en las ciencias históricas, la crítica de la fuente, tanto externa, como interna constituye un problema central si bien hasta hace poco raramente percibido. La crítica externa se centra sobre la determinación de la procedencia, el grado de conservación o alteración de la fuente por factores externos y, en particular, la definición cronológica relativa y absoluta (fecha calendárica). La crítica interna implica descubrir los rasgos estructurales de la organización de un sitio, un edificio, una imagen, un entierro, relacionar la fuente con todo el contexto cultural rescatable de su época o intentar el decodificado de sus funciones utilitarias y simbólicas.

El primero de estos caminos fue seguido por los representantes de la *New Archaeology*. El pragmatismo neopositivista de Hempel proporcionó la base filosófica para su posición inicialmente impregnada de un gran optimismo heurístico. Asumían entre otros que todo el universo cultural del pasado se conserva en las fuentes materiales, y es directamente entendible e interpretable. La falta de las estrategias adecuadas de investigación, las ineficiencias de la documentación, las imperfecciones del lenguaje descriptivo, y, ante todo, la ausencia de la reflexión teórica eran para ellos las únicas barreras que habían impedido el acceso a este registro. Es, por lo tanto, obligación del arqueólogo adecuar sus estrategias al imperativo principal de contrastar las leyes que la antropología, la sociología, la historia, la teoría de la información o la geografía humana le puedan proporcionar; debe también generalizar sus observaciones, formalizarlas, buscar una ley cobertora, formular la hipótesis puente y contrastarla. El neocolucionismo de White, de Steward, y posteriormente de Shalins y Service fue un complemento necesario para demostrar que la arqueología es una de las ciencias sociales más privilegiadas, un laboratorio en el que las leyes centrales de la antropología, y, porque no, de la historia, pueden encontrar su comprobación, mediante proyectos de gran envergadura. Los planteamientos iniciales de la *New Archaeology* recibieron una crítica bien merecida también desde adentro de la corriente (vg. Flannery 1976) y fueron matizados. La crítica apuntaba al pragmatismo excesivo y a la ignorancia de la gran discusión sobre el tema de la regularidad y de la ley propia a la filosofía moderna de historia e incluso de la evolución del mismo neopositivismo (vg. desconocimiento de los planteamientos de Popper, reprochado por Shanks y Tilley, 1987). El tiempo mismo demostró las fallas. Los representantes de la *New Archaeology* no lograron contrastar de manera satisfactoria a ninguna de las leyes propuestas (Hodder 1986). Binford explicaba el fracaso por la ausencia de teorías de nivel medio las que enlazarían las teorías del desarrollo social con las generalizaciones arqueológicas (Tschauer 1996).

Las preocupaciones de la *New Archaeology* naciente alimentaron también la imaginación de varios arqueólogos latinoamericanos de izquierda. La teoría del materialismo dialéctico e histórico reemplazó al neoevolucionismo en el papel de la teoría-base. El procedimiento inductivo-deductivo de la *New Archaeology* fue reemplazado por el deductivo. Las generalizaciones que se desprendían de la aplicación de las leyes del marxismo adquirían automáticamente el valor de la verdad histórica, de la verdad en el sentido ontológico y no requerían de contrastación (vg.

Lumbreras 1974, Ms). Las propuestas de los neomarxistas latino-americanos se diferenciaban de los modelos explicativos de Gordon Childe por el uso dogmático del concepto de modo de producción lo que se expresaba también en el menosprecio frente a la función social de las ideologías.

La arqueología europea siguió el segundo camino. No existían aquí las condiciones de dramática competencia por el acceso a los fondos entre los arqueólogos y los representantes de otras ciencias sociales como en los Estados Unidos, y el mito de la arqueología como ciencia exacta no era ni tan necesario ni tan fácilmente sostenible. Las cuentas con el neopositivismo han sido en buena parte saldadas en los años cincuenta (vg. Danto 1956, Dray 1957, y resumen de la discusión, en Topolski 1973) y la influencia de la reflexión estructural, incompatible con el pragmatismo, mantenía la tendencia creciente. El estructuralismo francés (vg. aportes de Leroi Gourhan) y el funcionalismo proporcionaron el cultivo para un despertar teórico y alimentan hasta hoy la crítica constructiva de los aportes de la New Archaeology. Este el caso de la llamada arqueología contextual de Ian Hodder y de sus seguidores (Hodder 1982, 1986 *inter alia*).

El balance de la New Archaeology puede ser considerado positivo en parte por la reacción que suscitaron sus vehementes ataques contra la arqueología tradicional. La reflexión metodológica consciente en base a los últimos aportes de la filosofía, el desarrollo de las ciencias naturales, auxiliares de la arqueología (arqueometría, paleobiología, etc.), el refinamiento de métodos de procesamiento estadístico de datos y de muestreo, el uso de modelos sistémicos en la interpretación se cuentan entre los logros más destacados. Hay, sin embargo, también varios efectos negativos. Mencionemos ante todo la perpetuación del mito que sólo la arqueología, cuyos juicios sobre el pasado pueden convertirse en leyes, merece el nombre de *Ciencia*. La sobrevaloración del rol de datos cuantificables y de modelos interpretativos, por lo que las fuentes arqueológicas mismas quedan generalmente inéditas, son las otras consecuencias negativas graves. Estos aspectos son particularmente sensibles en el campo de las arqueologías americanas, la andina incluida.

Efectos negativos aparte, de la tormentosa discusión teórica de los años 80 nace en nuestros ojos una sola arqueología. Esto nos da derecho a replantear una vieja pregunta: ¿cuál es el lugar específico de la arqueología frente a las ciencias hermanas, historia y antropología?

2. TIEMPO Y ESPACIO EN ARQUEOLOGÍA

La arqueología investiga a las sociedades ágrafas muertas, la historia a las sociedades vivas y muertas que dejaron un legado escrito y la antropología a las sociedades vivas, generalmente ágrafas: esta es la respuesta que generalmente se recibe a la pregunta enunciada, pero se trata de una respuesta completamente incorrecta. Basta recordar el amplio abanico de las arqueologías históricas tan antiguas como la prehistoria, desde la arqueología clásica, por las orientales, la medieval, la colonial en las Américas, hasta la arqueología industrial, de moda desde los años setenta. En realidad el campo de arqueología se define por el intermedio del tipo de fuentes a los cuales accede por métodos que le son exclusivos. Nos referimos a la *cultura material*, incluyendo en su definición el campo del *arte*. El artefacto y todos sus contextos sociales es el objeto central del estudio arqueológico. De esta particularidad se desprenden otras. El tiempo y el espacio en los cuales se ubica el fenómeno social investigado son dados siempre para el antropólogo, a veces para el historiador, quien, sin embargo, a menudo tiene que reconstruir a una de estas variables. Para el arqueólogo, sin embargo, el tiempo y el espacio, constituyen incógnitas, salvo en estas arqueologías históricas donde aparecen asociaciones directas con inscripciones o con monedas. La aproximación a las variables del tiempo y del espacio, siempre imperfecta, es tan laboriosa que hasta hoy se concentra en ella por lo menos un 60% del esfuerzo de cada investigador. Sólo en una clase de situaciones empíricas el tiempo se presenta en los ojos del arqueólogo-prehistoriador de manera objetiva e independiente: en la *estratigrafía*. La secuencia de ambientes, pisos, talleres, tumbas o entierros, totalmente o parcialmente sobrepuestos en varias capas sucesivas constituye la única evidencia imparcial de la anterioridad o posterioridad de un evento frente a otro, siempre y cuando haya sido debidamente excavada y correctamente interpretada. Como la duración de cada evento es una incógnita, del mismo modo que su correspondencia con el tiempo calendárico, hablamos del *fechado relativo*. Al cruzar la secuencia estratigráfica con una serie de fechados calibrados C14 (eventualmente secundados por la termoluminescencia) se obtiene un eje de tiempo preciso y confiable; pero las muestras de carbón deberían ser cuidadosamente seleccionadas (ramas chicas o exterior de los troncos) y procedentes de contextos bien definidos y sellados. Desafortunadamente en varias arqueologías, la andina incluida, tales secuencias estratigráficas son muy escasas, lo que se desprende de las características de los asentamientos prehistóricos, del estado de la investigación y de las metodologías aplicadas. El público e incluso varios arqueólogos creen que los fechados C14 pueden sustituir a los fechados relativos. No obstante la precisión

real de un fechado promedio se ubica entre +-120 años y +-200 años, dentro del margen de tres a cuatro siglos, en el marco de su doble desviación standard. Esta precisión es mucho menor que la de un estimado estilístico basado sobre la cronología relativa con fechados cruzados y ampliamente insuficiente si se quiere captar en detalle procesos y coyunturas políticas: por ejemplo la posible duración de la cultura Mochica con todo su espectacular desarrollo no supera a 700 años.

Igual problema constituye para el arqueólogo el espacio. El seguimiento de la distribución de estilos de artefactos es la única pista que permanece viable siempre y cuando se conozca la procedencia precisa de los objetos. En los países, como en el Perú, donde existe la tradición de la huaquería, el número de objetos cuya procedencia se conoce con exactitud, es, sin embargo, muy limitada, un 10 a 20% frente a, por ejemplo, 95% en Europa Central y en Escandinavia. La organización del espacio social puede ser inferida de manera directa exclusivamente a partir de los patrones funerarios y, en menor grado, de la organización de la arquitectura. No obstante se necesita para ello extensas excavaciones en área en los sitios no disturbados por la huaquería.

Cuando los datos estratigráficos y procedencias precisas hacen falta, un solo camino queda al arqueólogo. Intenta reconstruir el tiempo y eventualmente el espacio a partir de la variabilidad tecnológica, formal y/o iconográfica de los artefactos, utilizando criterios y métodos de clasificación aceptados en la escuela o corriente que representa. Hay que mencionar que es virtualmente imposible saber *a priori* si un objeto es distinto de otro, porque hayan sido fabricados en dos tiempos distintos, o porque provienen de dos talleres diferentes pero contemporáneos y suficientemente alejados para impedir la comunicación entre ellos. Por ende, lo que para un arqueólogo es una diferencia entre dos épocas para el otro puede parecer producto de dos sociedades distintas. Privado del dato objetivo sobre la duración y la real envergadura espacial de los procesos que investiga, el arqueólogo está a merced de la información externa a las fuentes analizadas. Tiende por ello a proyectar de manera inconsciente su propio entendimiento del tiempo y de la historia y plasmarlo en las secuencias cronológicas que está construyendo. El círculo vicioso amenaza peligrosamente con cerrarse. Agreguemos al final de esta segunda aproximación el tema del tiempo en la prehistoria, que la arqueología nació como uno de los productos de la búsqueda de identidad por las sociedades modernas. La perspectiva de la arqueología clásica se origina en el mito medieval de Europa unida por el Sacro Imperio Romano tan hábilmente renovado por Napoleón, mientras que el desarrollo de la prehistoria es inseparable de las búsquedas de romanticismo.

A partir de estos años tiernos, la arqueología tendía a afirmar y perpetuar varias utopías nacionales o imperiales. La arqueología andina de ningún modo puede ser considerada una excepción.

3. MODELOS EXPLICATIVOS EN LA ARQUEOLOGÍA ANDINA

Entre Uhle y nuestros tiempos se han alternado en la arqueología del Perú por lo menos 9 modelos de cronología general distintos. Esta abundancia de interpretaciones no sorprendería tanto si no fuese por el hecho de que hasta la fecha ninguna de ellas fue aceptada por todos los arqueólogos que trabajan en el área y hay tres sistemas utilizados paralelamente. Esto, que sepamos, no tiene paralelo en ninguna otra parte del mundo. Un breve recuento nos ayudará a visualizar las diferentes proyecciones de la prehistoria que implica la aceptación de cada uno de estos sistemas cronológicos. Es bien sabido que las alternativas de la interpretación del desarrollo cultural en los Andes Centrales se originan en las propuestas de Uhle y de Tello. Ambas son de corte etnocultural y explican el desarrollo a través del desplazamiento de pueblos portadores de la civilización. No obstante ambos estudiosos manejan conceptos diametralmente distintos del tiempo y de espacio. Para Uhle el espacio andino forma parte de un escenario mayor y la secuencia de estilos refleja directamente el cambio cultural producto de la llegada de elementos culturales procedentes de Mesoamérica, la asimilación y la creación de la cultura original andina a partir de la fusión de elementos locales y foráneos. Para Tello el espacio del Perú es autónomo y vive su propia historia. El ritmo de esta historia es concebido de acuerdo a los criterios muy andinos: cuatro épocas, cuatro estadios de desarrollo antes de la conquista, cuatro centros (Chavín, Tiahuanaco, Pachacamac, Cuzco). En la primera época se forjan las bases de la civilización en la sierra a raíz de la fusión de experiencias culturales de la selva y de la sierra donde se domesticaron las plantas y los animales. En la segunda época las migraciones y las conquistas difunden la civilización hasta la costa. En la tercera se forman las naciones preparándose asimismo las bases políticas de la unificación incaica, la que ocurrirá en la cuarta (Tello 1929, 1967). A diferencia de Uhle, Tello deja de lado la variabilidad estilística. Está más bien interesado en los constantes que demuestren la continuidad de la cultura andina, en las evidencias de migraciones (antropología física, lingüística) y de progreso continuo.

Los enfoques estilísticos de Kroeber y Larco conforman el estadio siguiente de reflexión sobre la prehistoria de los Andes Centrales introduciendo un

concepto nuevo, el de la *cultura arqueológica* en acepción regional y no como un resultado de la difusión. Para Tello la cultura andina se forja y difunde en la *primera época* de su cronología; las posteriores variaciones estilísticas y formales tienen muy poca importancia y no contradicen en nada su unidad monolítica. Para Kroeber y para Larco, en cambio, la diversidad de estilos es una expresión de la diversidad de culturas. Los cambios de estilo desde la fase arcaica, por la fase clásica monumental, hasta la barroca prolifera y barbarización epigonal, así como los fenómenos de difusión reflejan, según ellos, con mucha precisión la historia en términos étnicos o políticos. La monumentalidad de la arquitectura y la perfección de las artes plásticas es, en la opinión de Larco, un argumento decisivo a favor de la hipótesis sobre un rol protagónico que desempeñaron las etnias de la Costa Norte con los Mochica en primer lugar.

Bennett, Willey, Collier, Strong, Ford, arqueólogos americanos cuyos destinos se encontraron en el marco del Proyecto Virú introducen muy tempranamente en la arqueología andina modelos procesales sustentados en las teorías neoevolucionistas de Steward. El modo de concebir el tiempo y el espacio cambia una vez más. Se regresa a la hipótesis de un solo espacio definido por la co-tradición centro-andina (Bennett 1948, véase también el concepto de horizonte en Willey 1948), donde todos los procesos guardan aproximadamente el mismo ritmo. Este ritmo es plenamente comparable con el que caracteriza el desarrollo de Mesopotamia y de otras civilizaciones antiguas (Steward *et al.* 1955 y Collier en Steward *et al.* 1955 *inter alia*), con cuatro estadios principales: 1. *agrícola incipiente*; 2. *formativo* con el desarrollo de agricultura de riego, notable incremento de la densidad poblacional e inicios de organización política; 3. *florecente regional* con el máximo de la densidad poblacional, el desarrollo urbano, el incremento de la estratificación social, y la formación de estados; 4. *expansivo militarista* estructurado en tres etapas de formación y desintegración de imperios (vg. Wari-Tiwanaku e Inca v/s Accadiense/Ur III y Ira de Babilon). Las herramientas que usan los miembros del Proyecto Virú para definir la cronología difieren diametralmente del enfoque estilístico de Kroeber y Larco tanto en el método como en el tipo de fuentes. La variabilidad formal e iconográfica de la cerámica fina y decorada, procedente de entierros, por lo tanto de uso ritual, determina el correr del tiempo para Kroeber y Larco. Bennett, Ford, Strong, Collier analizan con el mismo fin la cerámica predominantemente utilitaria que procede de asentamientos y priorizan en su clasificación los criterios tecnológicos. El análisis de formas arquitectónicas y de su distribución espacial (patrones de asentamiento) por período-estadio complementa el cuadro (Willey 1953).

Las tres cronologías generales actualmente en uso derivan directamente o indirectamente de las expuestas. Wilson (1988), en un monumental trabajo reciente retomó la cronología del Proyecto Virú. La propuesta de Lumbreras (1969, 1974), se inspira en este mismo modelo *procesal* y retoma también las conclusiones de las Mesas Redondas de los años cincuenta por un lado y de los postulados de Tello por el otro. Los planteamientos neomarxistas, fuertemente influenciados por las ideas de Childe constituyen la base teórica de este encuentro. Tello legó a Lumbreras, creemos, su visión doblemente tripartita del espacio centro andino (Norte, Centro, Sur y Selva, Sierra, Costa) y su concepto de la cultura. Lumbreras, como Tello, estuvo más interesado en detectar las continuidades regionales que seguir el hilo de la historia de los estilos. Estos últimos tienen para él una función meramente instrumental. Su modelo de periodificación retoma la secuencia neo-evolucionista de períodos-estadios pero agrega un mecanismo nuevo para explicar el cambio, el de las *revoluciones neolítica y urbana*, retomada de Childe. En la visión de Lumbreras la revolución neolítica, producto de la domesticación de plantas y de animales y la sedentarización, genera los mecanismos de estratificación y las primeras formas de organización política (jefaturas), mientras que la revolución urbana implica necesariamente la división en clases y la formación del estado expansivo y opresivo. El *Período Formativo con Chavín* como su expresión central, es el producto de la primera revolución, el *Período Wari* es el efecto de la segunda. Esta aproximación le permite dejar en suspenso el espinoso tema de *modos de producción*.

La conocida propuesta de Rowe (1962) para subdividir la secuencia cronológica en un *Período Inicial*, tres *Horizontes* y dos *Períodos Intermedios* que los separan, goza en el medio arqueológico actual de una aceptación algo mayor que la anterior, particularmente entre los investigadores extranjeros. Se trata de un planteamiento diametralmente distinto de la propuesta de los arqueólogos influenciados por el neoevolucionismo o por el neomarxismo. Para Rowe como para Kroeber el estilo de cerámica ceremonial es el principal indicador confiable del tiempo en la prehistoria andina. Cree asimismo, que en su definición se debe enfatizar los criterios iconográficos y formales. Recordemos que Ford y otros miembros del Proyecto Virú en sus clasificaciones de cerámica burda y fina priorizaban los aspectos tecnológicos (arcillas, cocción, acabado), mientras que Lumbreras subordina sus criterios taxonómicos a la relación entre la forma y la función social utilitaria que supuestamente desempeña cada uno de los tipos alfareros. Lógicamente el estilo en la definición de Rowe no refleja de manera directa a los procesos del desarrollo socio-económico. Los períodos de integración estilística denominados *horizontes* expresan eventualmente a

los fenómenos de difusión de ideas religiosas (vg. los seguidores de la propuesta: Menzel, 1964 y, recientemente, Burger 1993 *inter alia*).

4. EL MITO DE LA CIENTIFICIDAD

Ninguna otra propuesta apareció en la literatura entre 1970 y la fecha presente. Tampoco se llegó a un consenso por una razón principal. Buena parte de los investigadores seguía cultivando la fe positivista en la validez histórica de las cronologías y corologías, y se negaba a aceptar su carácter de simples e imperfectas herramientas. Las cronologías regionales y locales construidas laboriosamente en este lapso de tiempo, casi todas son de algún modo tributarias de uno de los tres sistemas mencionados. Así en la arqueología andina conviven tres modos completamente distintos de concebir y medir el tiempo, explicar las permanencias y los cambios en la prehistoria. En el modelo neoevolucionista los cambios son paulatinos y abarcan todos los Andes, en el neomarxista son bruscos, se originan en una región donde supuestamente las contradicciones llegan a su clímax y se difunden rápidamente. Ambas manejan unidades de subdivisión de tiempo largas, *cultura-período*, de duración de dos a tres siglos. En la propuesta de Rowe el tiempo corre rápido. La unidad mínima de su cronología relativa, *una subfase de una época dentro del Período/Horizonte*, dura no más de medio siglo. Sin embargo, las corrientes ideológicas de integración no necesariamente modifican para él a las estructuras profundas de la complejidad cultural andina. Rowe, como Tello, maneja el axioma de la unidad cultural centro-andina, donde el corazón de la historia late siempre en el mismo ritmo. Este axioma fue tomado tan en serio que se pensó aplicar directamente la secuencia maestra para el valle de Ica con sus cortas fases y subfases a todo el extenso territorio del Perú Prehispánico. Recién últimamente varios datos empíricos acumulados pusieron en tela de juicio su validez. Tres modelos, tres conceptos de tiempo, tres distintos grupos de datos para definir el tiempo y el espacio: tecnología (Proyecto Virú), forma de artefacto (Lumbreras), e imagen (Rowe).

Se preguntarán ustedes si se puede hacer historia sin el fundamento sólido del tiempo y del espacio y si se puede hacer ciencia en arqueología sin hacer bien historia. Nosotros nos hacemos la misma pregunta. El objeto aislado o la huella de un evento en el suelo excavado no constituyen en sí hechos interpretables para la arqueología. Son tan sólo datos empíricos potencialmente cargados de significado. En menester correlacionarlos o compararlos con otros y para ello se requiere de una plataforma temporal y de un entendimiento cabal

del espacio. Cuando hablamos de espacio nos referimos tanto al espacio ocupado por una cultura étnica o una cultura de elite, como a un espacio de intercambios de materias y bienes, un espacio arquitectónico, un espacio simbólico definido por una geografía sagrada o por la extensión de un cementerio, etc. Todas estas modalidades de espacio son accesibles únicamente con una condición, la de lograr percibir la coetaneidad de eventos, y ésta no se logra sin una cronología fina. Felizmente la situación en la arqueología andina no es tan dramática como puede parecer, si bien es cierto que nos hace falta la reflexión crítica sobre los contenidos sociales e históricos de las culturas y estilos, y más aun sobre la envergadura real y la distribución regional de estos fenómenos. Necesitamos urgentemente reconocer la diversidad de los componentes que contribuyeron en este largo proceso de integración en intercambio de experiencias que denominamos *cultura andina*. La historia de la arqueología en el Perú demuestra una vez mas que el arqueólogo tiende siempre a proyectar la visión del tiempo y del espacio del presente hacia el pasado que investiga (Fabian 1983) y a menudo reifica, dota de identidad histórica a los productos de sus clasificaciones. Felizmente los métodos de excavación estratigráfica en área, la crítica moderna de las fuentes, y los fechados absolutos controlados, permiten tener esperanza que la dependencia del investigador de su credo historiosófico y de la información externa a sus fuentes sea cada vez mejor controlada. □

BIBLIOGRAFÍA

BENNETT W.

1948

«The Peruvian Co-Tradition», en: W.Bennett (ed.), *A Reappraisal of Peruvian Archaeology*, pp. 1-7, *Memoirs of the Society for American Archaeology*, American Antiquity 13 (4), Menasha.

BURGER R.

1993

«The Chavin Horizon: Stylistic Chimera or Socioeconomic Metamorphosis», en D.S.Rice (ed), *Latin American Horizons*, pp. 41-82, Washington D.C., *Dumbarton Oaks Research Library and Collection*.

BINFORD I.R.

1962

«Archaeology as Anthropology», en: *American Antiquity* n° 28, pp.218-225.

- DANTO A.C.
1956 *Analytical Philosophy of History* , Londres.
- DRAY W.
1957 *Laws and Explanations in History*, Londres.
- FABIAN J.
1983 *Time and the Other*; New York, Columbia University Press.
- FLANNERY K.V.
1976 *The Early Mesoamerican Village*, New York, Academic Press.
- HODDER I.
1986 *Reading the Past*, Cambridge University Press, Cambridge.
- HODDER I., (ed.)
1982 *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press
- LUMBRERAS L.G.
1969 *De los pueblos, de las culturas y las artes del Antiguo Perú*, Lima, Ed. Moncloa Campodónico.
- 1974 *La arqueología como ciencia social*, Lima, Ediciones Histar
- 1986 «Childe and the Urban Revolution: the Central Andean Ms Experience», en: *The Gordon Childe Colloquium, Mexico*.
- MENZEL D.
1964 «Style and Time in the Middle Horizon », en: *Ñawpa Pachan*°2, pp. 1-105.
- RENFREW A.C.
1983 *Toward an Archaeology of Mind*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ROWE J.H.
1962 «Stages and Periods in Archaeological Interpretations», en: *Southwestern Journal of Anthropology* n° 18(1), pp.540-54.
- SHANKS M. Y C.TILLEY
1987 *Re-Constructing Archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press.

EL TIEMPO Y LA PREHISTORIA

- STEWART J.H., R.M.ADAMS, D.COLLIER, A.PALERM, K.A.WITTFOGEL Y R.A.BEALS,
1955 Las Civilizaciones Antiguas del Viejo Mundo y de América. Simposium sobre las civilizaciones de regadío, Washington D.C., Unión Panamericana.
- TELLO J.C.
1929 *Antiguo Perú. Primera Epoca.* Lima.
1967 *Páginas Escogidas,* Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- TOPOLSKI J.
1973 *Metodologia Historii,* Varsovia, Panstwowe Wydawnictwo Naukowe, 11a ed corregida y ampliada (varias ediciones en español).
- TRIGGER B.G.
1989 *A History of Archaeological Thought,* Cambridge, Cambridge University Press.
- TSCHAUNER H.
1994 «Archaeological Systematics and Cultural Evolution. Retrieving the honour of Culture History» en: *Man* n° 29(1), marzo, pp.87-93.
1996 «Middle-Range Theory, Behavioral Archaeology, and Postempiricist Philosophy of Science in Archaeology», en: *Journal Archaeological Method and Theory* vol.3, n°1, pp. 1-30.
- WILLEY G.
1948 «Functional Analysis of «Horizon Styles» in Peruvian Archaeology», en: W.Bennett (ed.), *A Reappraisal of Peruvian Archaeology*, pp.8-15, *Memoirs of the Society for American Archaeology*, American Antiquity 13(4), Menasha.
1953 *Prehistoric Settlements Patterns in the Virú Valley, Peru,* Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology Bulletin 155 Washington D.C., Government Printing Office.
- WILSON D.J.
1988 *Prehistoric Settlement in the Lower Santa Valley,* Peru, Washington D.C., Smithsonian Institution Press.